

SEMANA SANTA TORO CRUCIFICADOS



Declarada de Interés Turístico Regional

EL CRISTO DE LA VERA CRUZ

FICHA TÉCNICA:

Paso procesional. Talla de Cristo crucificado con cuatro ángeles.

Denominación: Cristo de la Vera Cruz.
Autor/Escuela: Pedro Ducete / Lucas Ramírez .

Cronología: 1591.

Corriente artística: Manierismo.

Técnica: Escultura en Papelón.
Policromía. Estofado

MATERIALES:

Soposte: Pasta de papel, madera de pino, estopa de cáñamo, tela de lino y pelo natural. C. pictórica: Óleo, temple y oro.

Cruz: madera de pino.

DIMENSIONES:

Cristo: 160 x 162 cm.

Cruz: 282 x 166 cm.

Localización: Iglesia Parroquial de San Juan Bautista. Tagarabuena. Toro

Propietario: Obispado de Zamora. Cofradía de la Vera Cruz.

Características: Canon alargado, marcada anatomía bien estudiada como corresponde ya a un conocimiento de los modelos del renacimiento, un rostro un tanto deforme de facciones duras y afiladas.

Es una imagen procesional que representa a Cristo crucificado sobre una cruz de gajos.

Imagen procesional manierista contratada el 26 de noviembre de 1590 por el abad y mayordomo de la cofradía de su advocación con el escultor toresano Pedro Ducete, que se obligó a ejecutarla en pasta de papel, con manos y pies entallados en madera, de al menos ocho pies de altura, según condiciones firmadas por él y por el pintor Lucas Ramírez, vecino de Toro, así como a entregarla acabada a la Cofradía para el segundo domingo de Cuaresma del año de 1591. La Cofradía le pagaría cuatrocientos reales.

El paño femoral es de sarga encolada. Ha sido mutilado de la cabellera original. La carnación y policromía se deben al susodicho Lucas Ramírez, que se constituyó fiador de Pedro Ducete en la escritura de contrato y obligación.



Como su propio nombre indica, es propiedad de la Cofradía de la Vera Cruz, cuyos estatutos, en pergamino y escritos en letra gótica negra con iniciales en rojo y una aguada que representa un crucificado, datan de 1524 y son los más antiguos entre los de tal advocación que se conservan en la provincia. Nada que destacar de la tipología, pues sigue los modelos usuales, pudiendo decirse que el interés de esta imagen radica fundamentalmente en el material en que está ejecutada.

Se trata de un Cristo en que el soporte principal es la pasta de papel, aunque los pies y las manos son de madera de pino ya que al ir horadados por los clavos que le sujetan a la cruz requerían un soporte más firme.

Las radiografías han mostrado, en la restauración llevada a cabo en su día, un crucificado hueco, como luego se vio durante el proceso, lo que indica que la técnica empleada de la ejecución sería la más habitual del momento, utilizando una matriz, seguramente de yeso, sobre la que se modela por mitades la pasta de papel, de modo que, una vez seca, se abre, se vacía y vuelve a unirse por medio del aparejo que luego servirá de base a la policromía. El perizonium es de tela de lino,

plegado en múltiples pliegues horizontales y sujeto por un nudo poco ampuloso en el lado derecho.

El pelo, en origen, se realizó siguiendo el método más acorde con el resto, por medio de estopa estucada, preparada y policromada, que asemejaba mechones tallados. Con posterioridad se le colocó la peluca postiza que ostenta actualmente. La policromía del Cristo va realizada al óleo. Las carnaciones van a pulimento tal y como impone la moda en la segunda mitad del siglo XVI, destacando el paño femoral en que se aplicó un estofado rajado muy sobrio, con una base de oro y temple.

El Cristo posee además dos coronas de espinas realizadas en plata trenzada, con que los cofrades adornan la imagen en los días más señalados

La técnica, denominada popularmente "de papelón", era habitual para los pasos procesionales desde principios del siglo XVI, ya que por su escaso peso resultaba idónea para el traslado por los portadores, además del más escaso coste económico que los que luego los sustituirán realizados en madera. Este tipo de pasos procesionales se debió de generalizar por toda la península. Navarro Talegón señala que esta práctica debía ser frecuente en los antiguos desfiles procesionales de Toro, a tenor de los seis ejemplares que aún subsisten aquí en este material.

La peculiaridad de este Cristo de Tagarabuena estriba pues en que es uno de los pocos conservados y su valor se incrementa por su antigüedad y el hecho de que todavía se mantiene en uso, lo que proporciona una estimación añadida por cuanto constituye un "vestigio" histórico de gran interés didáctico. Además resalta sobre los conservados en Toro por su gran corrección formal; algo insólito en un material tan poco dado a la perfección y los primores. La utilización de estos materiales que aligeran el peso de las piezas parece tener su origen en tradiciones indígenas llegadas a nosotros desde los primeros años del siglo XVI.

En la actualidad, desfila en la tarde del Jueves Santo y el 3 de Mayo a hombros de hermanos de la Cofradía de la Vera Cruz. En la actualidad se encuentra en la Iglesia de San Juan Bautista de Tagarabuena. •

SANTÍSIMO CRISTO DEL AMPARO

Se trata de una talla que representa a Jesús en el momento de la muerte. Los ojos entrecerrados, la cabeza vuelta a su lado derecho y levemente caída hacia el pecho. Es el cuerpo de un varón musculado, el pecho y los músculos dorsales son los de una persona acostumbrado a la fatiga del trabajo y cargar con pesos en su rutina diaria. Las piernas son proporcionadas y se perfila bajo la piel de los muslos, los cuádriceps y los cuatro vastos, el intermedio, medial, lateral y femoral. Los pies son grandes así como sus dedos. Las manos poderosas y fuertes, son las de un varón habituado a los trabajos manuales. La cabeza, generosa, serena, con los rizos de su pelo ensortijado cayendo sobre parte de su cara y frente.

El Cristo mide dos metros de alto, sin añadir la cruz donde esta clavado; con ella, llega a los tres metros. Está policromado con tres colores básicos, blanco, negro y un tono mezcla de ocre y gris que pudiésemos definir como crema.

La talla del Santísimo Cristo del Amparo de Toro, para los historiadores de arte conocedores de la obra de Juan de Juni y de su época la atribuyen a su taller. No obstante, no hay ningún documento conocido que pueda dar fe de esta aseveración, ni un contrato, pago o referencia de ello; pero existen concordancias de época, de vinculación y ante todo visuales, que puede enjuiciar si la veracidad detallada es correcta.

Expertos conocedores de la obra de Juan de Juni en detalle, puede ver la similitud de esta obra, Cristo del Amparo de Toro, con la del Cristo del Convento de monjas dominicas de Santa Catalina de Valladolid. Su estilo, la ejecución, la forma de tallar algunas partes muy características de ella, da pie a creer que la realización es objetivamente trabajo del famoso escultor del XVI.

Juan de Juni fallece en 1577 en Valladolid, a los 71 años, tras realizar una intensa obra repartida entre los principales conventos e iglesias de Castilla. Había nacido en Joigny, Francia, de ahí el sobrenombre castellanizado de Juni.

La talla del Cristo del Amparo estaba en un principio, y se testimonia docu-

mentalmente, en la iglesia parroquial de Santo Domingo de Silos en el año de 1630. Esta parroquia, desaparecida tras las desamortizaciones del siglo XIX, estaba ubicada en la actual plaza de Santo Domingo de Silos. Posteriormente, a la desaparición de esta parroquia, se traslada a la iglesia de Santa María la Nueva, situada en lo que hoy es la plaza del mismo nombre. Al derribo de esta iglesia hace poco más de un centenar de años, se ubica en la Iglesia de la Santísima Trinidad, junto al altar donde se venera actualmente; a la derecha de la entrada en el muro meridional

Hace unos 40 años la Fundación Gonzalez Allende acometió sobre la talla unas obras de restauración que eliminaron repintes realizados a lo largo del tiempo por pintores anónimos, dejando alterada la policromía original de la imagen primitiva. La limpieza y eliminación de capas dejó su primitivo aspecto de una manera muy acertada. El estado actual de la imagen, es el que más se asemeja al aspecto de la obra entregada por el maestro a la salida del taller, Tenemos la suerte en la actualidad de contemplarla con la naturalidad que le dio su creador

A poco que dejemos correr el pensamiento, visualizaremos los numerosos hidalgos toresanos enrolados en los Tercios, prestos a trasladarse a cen-

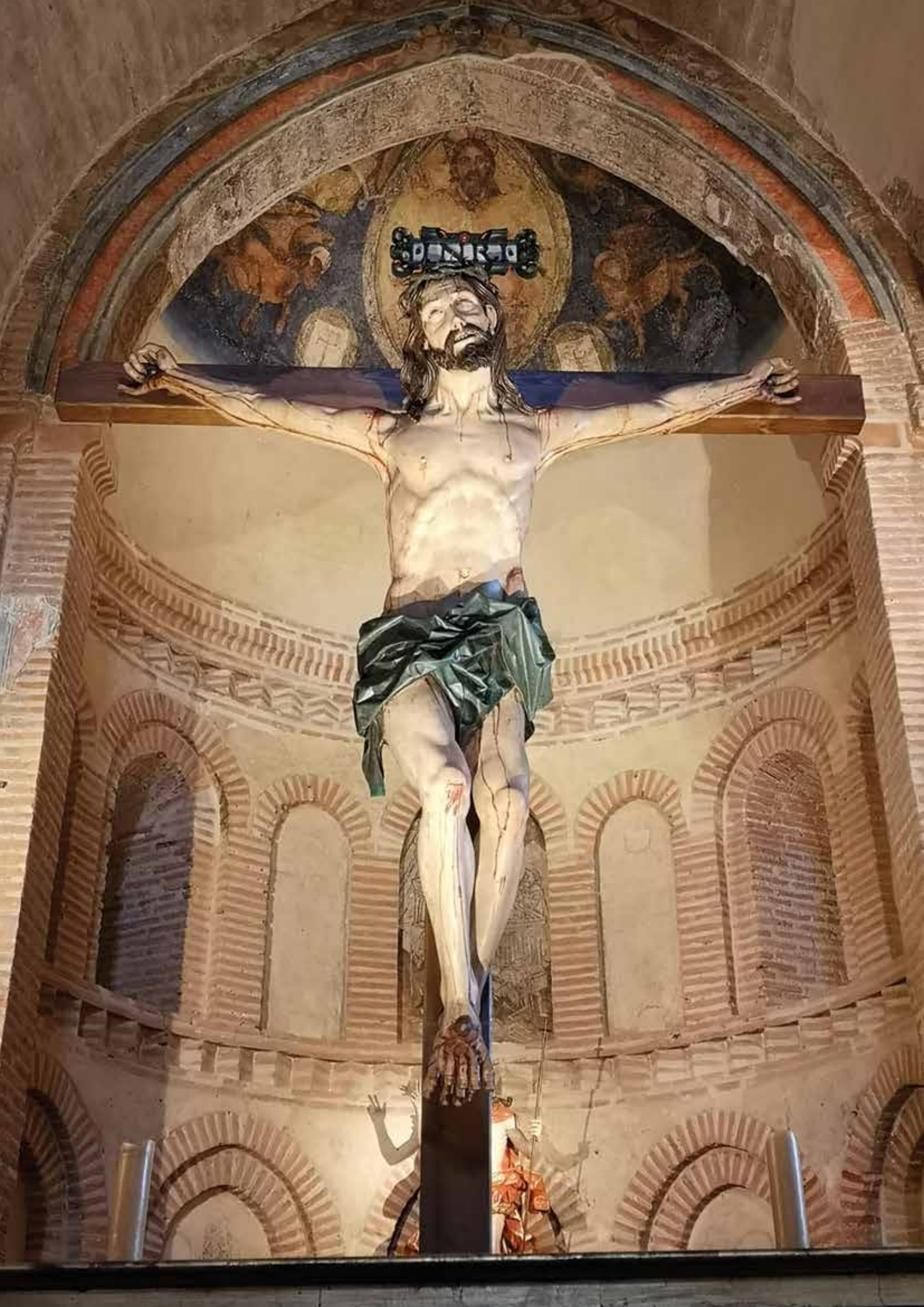
tro Europa para hacer la guerra de religión contra los protestantes, rezando ante su imagen y solicitando el amparo y la protección del Cristo. Pudiera ser que esta vinculación diese lugar a la posterior denominación del Cristo y la Cofradía como del Amparo.

Cuando se mira su talla en soledad, uno tiende a escuchar las oraciones murmuradas por los fieles que lleva prendidas sobre su superficie, adheridas a la esencia de su madera, perfiladas en sus barnices; pronunciadas con esperanza, y fe. Solicitudes y ruegos implorados sinceramente por las distintas generaciones de hermanos y anónimas personas que a lo largo de estos cuatro siglos lleva escuchado en silencio la escultura.

Recientemente, en la exposición *Acqua de las Edades del Hombre* que se celebró en Toro en 2016, el Cristo del Amparo fue una de las piezas que llamaron más la atención. A la entrada de la Colegiata el visitante era recibido por el Cristo suspendido sobre sus cabezas colgando de la bóveda principal, siendo sorprendidos gratamente con la talla imponente del Cristo del Amparo flotando sobre ellos.

Desfila en procesión los lunes santos y en septiembre en la festividad de la exaltación de la cruz, portado a hombro de dieciocho hermanos de la Real Cofradía del Santísimo Cristo del Amparo. •





CRISTO DE LA EXPIRACIÓN. SANTO SEPULCRO

CONTEXTO HISTÓRICO

La escultura española del siglo XVII plasmó los ideales populares religiosos, en un momento en el que la doctrina contra-reformista exigía al arte un lenguaje realista para que el fiel comprendiera y se identificara con lo representado. La costumbre surgida en esta época de sacar en procesión los pasos va a determinar un tipo preciso de escultura, bien de bastidor, bien de bulto redondo, siendo ésta última a la que pertenece el Cristo de la Expiración.

ESTUDIO ICONOGRÁFICO.

La escultura (177 x 165), nos muestra un momento de la crucifixión, en concreto el de su último aliento, a punto de expirar, Mateos 15:37 "Jesús, dando una gran voz, expiro". La crispación de las manos, la posición del cuerpo en un último intento de incorporarse hacia arriba, todo ello hace de la escultura un ejemplo del realismo popular que los fieles demandaban y la iglesia potenciaba.

Es pues una muestra de naturalismo barroco de gran nivel: los ojos grandes, de cristal, las heridas lacerantes, la tensión de los músculos en sus últimos momentos de vida... Así pues, la doctrina de la contrarreforma y la clientela de la época exigía que las figuras parecieran vivas.

La obra en cuestión se trata de una escultura, de bulto redondo, barroca, en la que Cristo es representado vivo y crucificado; con tres clavos y únicamente vestido por un paño de pureza anudado por la zona central y coronado por una corona de espinas. El Cristo está inclinado hacia adelante, dejando la cabeza adelantada con respecto a la cruz, apoyan las nalgas y los pies sobre la cruz, de forma que las rodillas quedan flexionadas hacia adelante recibiendo parte del peso del cuerpo.

El cuerpo, representado con realismo y en algunos casos en detalle, apenas representa musculatura, sino más bien

se centra en remarcar los huesos y las venas de forma que se acentuó el dramatismo de un agonizante, objetivo principal de las obras de este periodo, que siguiendo las directrices del concilio de Trento, pretender inspirar devoción a través de una imaginería realista y patética.

Es el cuerpo de una persona que está a punto de fallecer tras haber sufrido una tortura y una crucifixión -en cuya posición continúa-. La forma de mantenerse erguido es la sujeción de las manos, por lo que el peso del cuerpo se centra en los brazos, los cuales están en tensión y con las venas fuertemente marcadas.

Puesto que la muerte por crucifixión provocaba asfixia, el vientre se encuentra hundido, de forma que se marcan sobre la piel las costillas, cosa que el autor sabía y supo plasmarlo sobre la madera con gran maestría.

La proporción de cuerpo es la adecuada, siguiendo un canon de 7 cabezas, alejándose de un canon idealizado para representar la realidad. En cambio, la posición del cuello, intentado mirar hacia arriba, parece forzada y un poco antinatural. Esto se debe a que la obra está hecha para ser vista desde abajo y era necesaria esa posición para lograr el efecto sin ocultar la cara del Cristo a los fieles.

Los volúmenes están tratado casi al detalle, lo que le aporta mayor realismo a la talla y el juego de contraluz es mayor al proyectar sombras que dan mayor sensación de relieve y realismo.

ESTUDIO HISTÓRICO.

La escultura de Cristo Crucificado procedente de la Iglesia de la Concepción de Toro es una escultura de tipo procesional de época barroca, siglo XVII, catalogada e inventariada. A destacar el tipo iconográfico de Cristo en agonía con el paño de pureza de tipo rígido, sin presencia de nudos, muy habitual en obras castellanas relacionadas con el foco de Valladolid y Zamora.

Está compuesta por cinco embones y pequeñas piezas que conforman la disposición estructural de la obra. Siendo los más importantes para la estabilidad de la obra las uniones entre el embon que conforma el torso y los brazos al ser los embones estructurales.

La talla está basada en un realismo de tipo orgánico con carga inerte de yeso mate fino directo sobre la talla sin presencia de enlucidos. Dicho aparejo tiene un espesor inferior a 3 mm. Permite ver el veteado de la madera a través del estrabo, lo que nos permite afirmar que se trata de una madera de conífera, pino.

El autor de esta escultura, Esteban de Rueda o Esteban Conejo de Rueda (1585-1627), toresano, como escultor de principio de siglo XVII, está imbuido de estas ideas imperantes. El nombre de Esteban de Rueda aparece unido al de Sebastián Ducete o de Ducete, llegando, este último, a eclipsar hasta después de la muerte a su discípulo. Ducete hace la transición del manierismo al naturalismo barroco, siendo este último el que Esteban de Rueda explora y trabaja; su obra es coetánea a la de Gregorio Fernández quien ya trabaja y sublima este realismo mencionado en Valladolid. Esteban de Rueda realizó este Cristo en el periodo anterior a 1620, periodo en el que aún vivía su maestro y que tanto influyó en él, ya que no aparece en las obras que se le atribuyen a Esteban de Rueda en los siete años a los que sobrevivió a Sebastián Ducete.

CRISTO SANTO SEPULCRO.

Procesiona en la noche del miércoles santo, en Vía Crucis penitencial y la noche del viernes santo, en la procesión de Jesús Muerto. Es portado a hombros por veinticuatro hermanos de la Asociación del Santo Entierro y la Soledad. En la actualidad se encuentra expuesto en la Iglesia del Santo Sepulcro. •





ΙΗΣΟΥΣ Ο ΝΑΖΩΡΗΤΙΩΝ Ο ΒΑΣΙΛΕΥΣ
ΤΩΝ ΙΟΥΔΑΙΩΝ
JESUS NAZARENUS REX JUDEORUM

CRISTO AL EXPIRAR

(Cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla)

Nos encontramos ante una talla de Cristo Crucificado cuyas medidas están en torno a 200 x 160 cmts. incluida su cruz, mostrándonos en el momento de su expiración. De factura moderna y modo clasicista, representa a Cristo a punto de expirar. De cuerpo esbelto y perfección anatómica, es un Cristo agotado. El cuerpo lacerado con las huellas de la tortura recibida descansa firme sobre su propio peso, colgado de sus perfectos brazos y manos clavadas a la cruz. Las piernas flexionadas se apoyan en los pies clavados uno sobre el otro al madero. Se cubre con un paño de pureza pegado al cuerpo, estofado en oro fino. Su cabeza se corona con un triple trenzado de espino natural.

De mirada alta y los ojos abiertos en actitud implorante, espera sin crispación el momento del sacrificio. Cristo está en el estertor de la muerte, en el último suspiro, la última mirada, una mirada hacia el infinito cielo. Su boca entreabierta, además de su última palabra busca el último aliento anterior a la expiración.

Cabe destacar el realismo conseguido por su tallador en el detalle de manos, pies y la tensión de sus músculos acusando el esfuerzo para mantenerse erguido, descansa en la posición propia de alguien sometido a la tortura de la crucifixión cuya muerte se produce por asfixia y a pesar de ello, podemos comprobar la expresión dulce de su cara sobreponiéndose al martirio.

“Cristo al Expirar” fue tallado en 1961 por la mano maestra del conquense D. Luís Marco Pérez, sirviéndole de ejemplo para muchas de sus posteriores creaciones en la Semana Santa de su Cuenca.

El encargo lo recibió el prestigioso escultor, de la directiva de la Cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla, aprovechando la visita de éste a Toro en Octubre de 1960 y a raíz del éxito obtenido por el maestro con los encargos ya realizados del tallado del Cirineo, que acompaña a Jesús Nazareno y el grupo escultórico de la Desnudez. El escultor tomó verdadero interés en ejecutar la talla, aceptando las proposiciones de pago a largo plazo al carecer de medios económicos en el momento la Cofradía; fijándose el precio en la cantidad de 15.000 pesetas; importe verdaderamente económico teniendo en cuenta los abonados por sus anteriores tallas. Sin duda, Marco Pérez, tenía verdadero interés en la ejecución de la talla.

La imagen fue bendecida el 11 de marzo de 1961, sábado del Besamanos, desfilando desde aquella fecha en la procesión de la mañana del Viernes Santo con la Cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla. Inicialmente lo hizo sobre la mesa procesional realizada y tallada por el hermano de la Cofradía de Ánimas de la Campanilla, Santos López Castronuño, portada por seis nazarenos. En años sucesivos y ante el número de hermanos deseosos de portar sus andas, fue instalado sobre otras mesas ocasionales que si bien de construcción modesta disponían de mayor número de banzos, que permitió incrementar el número de nazarenos cargadores. En la actualidad y desde 2006, está instalado y desfila sobre una mesa de bella hechura tallada con motivos que representan hojarasca y moldurones a juego realizada por Tomás Noguera. Mesa a la que se incorporaron cuatro faroles de forja que sustentan cuatro velones rojos, creando un conjunto típicamente

sobrio de estilo castellano y que en los últimos años, se adorna con un tapiz de claveles rojos que cubre toda su superficie, dando la impresión que el Crucificado flota sobre una nube roja, avanzando y mecido suavemente por sus cargadores a los sonos de una marcha fúnebre. En la actualidad es portado por veinticuatro cargadores de túnica negra.

En 2006 la cruz realiza por el hermano de la cofradía Bernado Sanchez fue reemplazada sustituyéndose por la realizada y diseñada en madera de pino y cerezo por José Antonio Pérez. Ésta, responde a la forma de madero más aproximado al que Cristo llevaría camino del Calvario, asimismo, y en la misma línea, se sustituye el estereotipado INRI, por un cartel escrito en los cuatro idiomas, hebreo, arameo, griego y latín, tal y como recogen las Sagradas Escrituras, cuya traducción es: “JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS”. Desde el estreno de esta nueva cruz, se le retiró el sudario bordado de blanco inmaculado, que agitado por el viento en la procesión, imaginaba alas de blancas palomas revoloteando en torno a la cabeza coronada de espinas de Jesús en su agonía.

Inicialmente y por la desaparición en 1957 de la sede de la Cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla debido al pavoroso incendio que destruyó totalmente la iglesia de Santa María y Santa Catalina de Roncesvalles, estuvo expuesto al culto en el Convento de Santa Clara.

Actualmente y desde 1987 se encuentra en la iglesia de Santa María y Santa Catalina de Roncesvalles, reconstruida, sede de la Cofradía a la que pertenece. •

